

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. dec

Viernes 31.05.2019

Viaje apostólico del Papa Francisco a Rumania (31 de mayo - 2 de junio de 2019) - Recibimiento oficial y ceremonia de bienvenida en Rumania.- Visita de cortesía al Presidente de Rumania.- Encuentro con el Primer Ministro y encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en el palacio presidencial de Bucarest

A su llegada al Aeropuerto Internacional de Bucarest, el Santo Padre fue recibido por el Presidente de Rumania, Sr. Klaus Werner Iohannis, y por su esposa. Luego, dos niños con trajes típicos entregaron al Papa un ramo de flores en presencia de unos 400 fieles.

Después de cruzar la Guardia de Honor, antes de ingresar al Salón Presidencial del Aeropuerto, el Papa Francisco saludó a los obispos de Rumania. Luego se trasladó en automóvil al Palacio Cotroceni, sede de la Presidencia de la República de Rumanía, para la ceremonia de bienvenida en Rumania. El Santo Padre Francisco fue recibido por el Presidente de la República y por su esposa en la entrada del complejo del Palacio Presidencial de Cotroceni.

Después de la ejecución de los himnos, los honores militares y la presentación de las respectivas delegaciones, el Papa se trasladó en automóvil al Palacio Presidencial, donde a las 12.38 (11.38 am, hora de Roma), tuvo lugar la visita de cortesía al Presidente de Rumania. Sr. Klaus Werner Iohannis. El Papa y el Presidente posaron para la foto oficial. A continuación se trasladó a la Sala de Honor donde, tras la firma en el Libro de Oro y el intercambio de regalos, tuvo lugar el encuentro privado concluido el cual el Santo Padre y el Presidente se trasladaron a la sala de embajadores para la presentación de la familia.

Encuentro con la Primera ministra

Al final de la reunión con el Presidente de la República, el Santo Padre fue al Salón Azul del Palacio Presidencial para encontrarse en privado con la Primera ministra de Rumania, la Sra. Vasilica Viorica Dăncilă. Después, el Papa Francisco saludó al consorte de la Primera ministra y luego, junto con el Presidente de la República, se trasladó a la Sala Unirii donde tuvo lugar el encuentro con las autoridades.

Encuentro con las autoridades, con la sociedad civil y con el cuerpo diplomático

A las 13.15 horas (12.15 horas, hora de Roma), en el Salón Unirii del Palacio Presidencial de Bucarest, el Santo Padre Francisco encontró a las autoridades, los representantes de la Sociedad civil y los miembros del cuerpo diplomático.

Después del saludo del Presidente de Rumania, Sr. Klaus Werner Iohannis, el Papa Francisco pronunció su discurso.

Al final, el Santo Padre se desplazó en automóvil a la nunciatura apostólica de Bucarest.

Publicamos el discurso que el Papa ha dirigido a las autoridades, a los representantes de la sociedad civil y a los miembros del cuerpo diplomático.

Discurso del Santo Padre

Señor Presidente,

Señora Primer Ministro,

Beatitud,

Excelentísimos Miembros del Cuerpo Diplomático,

Distinguidas Autoridades,

Distinguidos Representantes de las diversas Confesiones religiosas y de la sociedad civil,

Queridos hermanos y hermanas:

Dirijo un cordial saludo y mi agradecimiento al señor Presidente y a la señora Primer Ministro por su invitación a visitar Rumania, y por las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido, también en nombre de las demás Autoridades de la Nación y de vuestro querido pueblo. Saludo a los miembros del Cuerpo Diplomático y a los representantes de la sociedad civil aquí reunidos.

Saludo con amor fraterno a mi hermano Daniel; saludo con deferencia a todos los Metropolitanos y Obispos del Santo Sínodo, y a todos los fieles de la Iglesia Ortodoxa rumana. Hago extensivo un saludo afectuoso a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos los miembros de la Iglesia católica, a los que he venido a confirmar en la fe y a alentar en su camino de vida y de testimonio cristiano.

Me complace estar en vuestra tierra hermosa, veinte años después de la visita de san Juan Pablo II, y en el momento en que Rumania, por primera vez desde que se unió a la Unión Europea, preside en este semestre el Consejo Europeo.

Este es un momento propicio para dirigir una mirada de conjunto sobre los últimos treinta años desde que Rumania se liberó de un régimen que oprimía la libertad civil y religiosa, la aislaba de otros países europeos y la llevaba también al estancamiento económico y al agotamiento de sus fuerzas creadoras. Durante este tiempo, Rumania se ha comprometido en la construcción de un proyecto democrático a través del pluralismo de las fuerzas políticas y sociales, y del diálogo recíproco en favor del reconocimiento fundamental de la libertad

religiosa y la plena integración del país en el amplio escenario internacional. Es importante reconocer lo mucho que se ha avanzado en este camino, aun en medio de grandes dificultades y privaciones. El deseo de progresar en los diversos campos de la vida civil, social, cultural y científica ha puesto en marcha tantas energías y proyectos, ha liberado numerosas fuerzas creativas que antes estaban retenidas y ha dado un nuevo impulso a las numerosas iniciativas emprendidas, conduciendo el país al siglo XXI. Los aliento a seguir trabajando para consolidar las estructuras e instituciones necesarias que no sólo den respuesta a las justas aspiraciones de los ciudadanos, sino que estimulen y permitan a su pueblo plasmar todo el potencial e ingenio del que sabemos es capaz.

Al mismo tiempo, es necesario reconocer que las transformaciones requeridas tras la apertura de una nueva etapa han comportado —junto a logros positivos— la aparición de obstáculos inevitables que hay que superar y los efectos colaterales que no siempre son fáciles de gestionar para la estabilidad social y para la misma administración del territorio. Ante todo, pienso en el fenómeno de la emigración, que ha afectado a varios millones de personas que han abandonado sus hogares y sus países de origen para buscar nuevas oportunidades de trabajo y de una vida digna. Pienso en la despoblación de tantas aldeas, que en pocos años han visto marcharse a un número considerable de sus habitantes; pienso en las consecuencias que todo esto puede tener sobre la calidad de vida en esos territorios y el debilitamiento de sus más ricas raíces culturales y espirituales que los sostuvieron en los momentos más difíciles, en la adversidad. Rindo homenaje a los sacrificios de tantos hijos e hijas de Rumania que enriquecen con su cultura, su idiosincrasia y su trabajo, los países donde emigraron y ayudan con el fruto de su empeño a sus familias que quedaron en casa. Pensar en los hermanos y hermanas que están en el extranjero es un acto de patriotismo, es un acto de hermandad, es un acto de justicia. Continúad a hacerlo.

Para afrontar los problemas de esta nueva fase histórica, para hallar soluciones efectivas y encontrar la fuerza para aplicarlas, hay que aumentar la colaboración positiva de las fuerzas políticas, económicas, sociales y espirituales; es necesario caminar juntos, caminar en unidad, y decidirse todos con convicción a no renunciar a la vocación más noble a la que un Estado debe aspirar: hacerse cargo del bien común de su pueblo. Caminar juntos, como forma de construir la historia, requiere la nobleza de renunciar a algo del propio punto de vista, o del interés personal específico, en favor de un proyecto más amplio, de tal manera que se pueda forjar una armonía que permita avanzar con seguridad hacia metas comunes. Esta es la nobleza básica.

De esta manera es posible construir una sociedad inclusiva, en la que cada uno, poniendo a disposición sus propios talentos y capacidades, con educación de calidad y trabajo creativo, participativo y solidario (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 192), se transforme en protagonista del bien común donde los más débiles, los más pobres y los últimos no sean vistos como indeseados, como obstáculos que impiden que la “máquina” camine, sino como ciudadanos, como hermanos para ser plenamente insertados en la vida civil; es más, sean considerados como la mejor verificación de la bondad real del modelo de sociedad que se está construyendo. De hecho, cuanto más una sociedad se responsabiliza del destino de los más desfavorecidos, tanto más puede llamarse verdaderamente civil.

Todo esto debe tener un alma y un corazón y una clara dirección de marcha, que no esté impuesta por consideraciones extrínsecas o por el poder desenfrenado de los más importantes centros financieros, sino por la conciencia de la centralidad de la persona humana y sus derechos inalienables (cf. *ibíd.*, 203). Para un desarrollo sostenible y armonioso, para la reactivación concreta de la solidaridad y la caridad, para la sensibilización de las fuerzas sociales, civiles y políticas hacia el bien común, no es suficiente con actualizar las teorías económicas, ni con las técnicas y las habilidades profesionales, aunque sean necesarias. Se trata en efecto de desarrollar, junto con las condiciones materiales, el alma de vuestro pueblo; porque los pueblos tienen un alma, tienen un modo de entender la realidad, de vivir la realidad. Volver siempre a esta alma del propio pueblo: esto hace ir adelante al pueblo.

En este sentido, las Iglesias cristianas pueden ayudar a redescubrir y alimentar ese corazón palpitante del que brote una acción política y social que partiendo de la dignidad de la persona lleve a comprometerse con lealtad y generosidad por el bien común de la comunidad. Al mismo tiempo, se esfuerzan por convertirse en un reflejo creíble y en un testimonio atractivo de la acción de Dios, y así se promueve entre ellas una verdadera amistad y colaboración. La Iglesia Católica quiere situarse en este cauce, quiere contribuir a la construcción de la

sociedad, quiere ser un signo de armonía, de esperanza y de unidad y ponerse al servicio de la dignidad humana y el bien común. Desea colaborar con las Autoridades, con las demás Iglesias y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad para caminar juntos y poner sus talentos al servicio de toda la comunidad. La Iglesia Católica no es extranjera, sino que participa plenamente en el espíritu nacional rumano, como lo demuestra la participación de sus fieles en la formación del destino de la nación, en la creación y el desarrollo de estructuras de educación integral y formas de asistencia típicas de un Estado moderno. Por eso, desea contribuir a la construcción de la sociedad y la vida civil y espiritual de vuestra hermosa tierra de Rumania.

Señor Presidente: Al mismo tiempo que le deseo a Rumania prosperidad y paz, invoco abundantes Bendiciones divinas y la protección de la Santa Madre de Dios sobre usted, sobre su familia, sobre todos los presentes, así como sobre toda la población de este país.

Que Dios bendiga a Rumania.

-

-
